EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LA OBRA DE ANTONIO MACHADO

PREAMBULO

La bien llamada Generación del 98 —puesto que sirve para entendernos— ha sido una generación de hombres alejados de la religión ortodoxa. Sus más enérgicas figuras han vivido en un total desamparo religioso a través de toda su vida y su obra. Y así, les vemos desfilar en el trance definitivo alejados de Dios las máximas figuras: Ganivet, Valle-Inclán, Unamuno, Machado, Baroja... Si bien sería prudente considerar en algunos casos las circunstancias que proceden a su tránsito, partiendo de la trayectoria vital que nos han legado sus libros, hay que prescindir de tales circunstancias premortales. Ello no obsta, para que el problema religioso haya sido en casi todos ellos un tema ampliamente suscitado en su obra, e incluso, como en algunos casos, el único gran problema; el caso de Unamuno es el más elocuente a este respecto por su reiteración y permanencia.

El alejamiento de la religión ortodoxa, que en parte les agrupa también generacionalmente (con su arista máxima en Baroja), tiene otras raíces que las puramente estéticas o ideológicas con que aparece tal generación literaria. Veamos una imagen diáfana de la situación religiosa de aquellos años en palabras del P. Oromí: «... una religión decadente, virtualmente practicada por un pueblo que ignoraba el contenido de sus dogmas, y prácticamente representada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar.»

Si éste era el aspecto religioso de aquellos años, el político no era menos desesperanzador. Las postrimerías del siglo XIX, quizá mejor todo el siglo, fueron una pura crisis política. Las mentes lúcidas que desde tres siglos atrás no hacían sino clamar contra el marasmo político del país seguían teniendo plena vigencia: Quevedo, Feijoo Jovellanos, Cadalso, Larra, Clarín, etc., no son sino una interminable cadena de gri-

tos contra el desmoronamiento. El siglo XIX, que conoce el impulso científico de la más tremenda aplicación del binomio ciencia-técnica en la mayor parte de Europa, es en España un siglo de luchas civiles —inciviles, mejor— que mantienen al país en una permanente zozobra absurda y sobrecogedora. Un siglo de políticos arribistas, lleno de individualidades hueras y amorfas, que crean y toleran ese tremendo campo de batalla que es la España decimonónica. Un siglo que conoce esta generación en su última etapa y que llena por entero la época de la Restauración, pero con la misma vigencia de camarillas políticas y militares, sólo atentos a una oratoria vacua y altisonante, mientras el país entero en todas sus facetas —política, administrativa, económica, religiosa— va a la deriva y al más precipitado ocaso. El pueblo entretanto seguía lleno de analfabetismo, miseria y olvido. Esta fue la estampa de ayer mismo, la imagen primera de España que vieron por su retina estos hombres del 98, que inician en las letras españolas un pequeño siglo de Oro.

Si toda época juvenil lleva implícita, aun en circunstancias más halagüeñas, una crítica, nada más normal en nuestros hombres del 98 que a su aparición y a través de toda su obra, esa crítica se acentuase y se hiciese permanente. Crítica dura, inflexible, acertada unas veces y otras no, pero crítica sana, porque llevaba implícito incontestable amor a España. Y éste es, sin duda, el único quizás de todos los temas —los demás serán pura consecuencia de éste—, el que les agrupa generacionalmente. Pero esta crítica no fue únicamente política, ya que ellos constituían una fuerza puramente «literaria» sin más posibilidades que su expresión literaria. En su propio frente iba creciendo su reacción contra aquellos escritores que les precedían, llenos también, en parte por el fasto de la bambalina y la retórica que llenaba la vida española de la época. Sólo en este frente literario —su única y posible fuerza— hicieron, en su impotencia, algo digno y elevado. Como bien recuerda Baroja, no pretendían, por supuesto, una regeneración nacional, cosa absurda, tratándose de unos jóvenes intelectuales, sin posibilidad alguna.

Los hombres del 98 no eran, en un sentido amplio, figuras de pura intelectualidad. Proceden de la Universidad, pero nadie mejor que ellos reaccionaron contra aquella docencia sin profundidad y sin rigor. No eran grandes conocedores de la Europa intelectual, como lo fue su predecesor y, en parte, maestro, Clarín. Sólo Unamuno, andando el tiempo, iba a adquirir una mayor amplitud del mundo pensante europeo, pero a través del pensamiento inglés. Pero estos hombres tuvieron grandes inquietudes y fueron lectores impenitentes, autodidactas que asimilaron algo del ambiente filosófico —sociológico con

mayor intensidad— y literario de la época, y se les aprecia, fundamentalmente, un gran interés por la corriente nihilista de fin de siglo, Schopenhauer, Nietzsche, Dostoyevski, Tolstoi, Ibsen y toda la literatura francesa de la época. Leen con delectación la sociología que produce la segunda mitad del siglo y creen estar al corriente del evolucionismo científico. Con todo este bagaje, apenas digerido y entrevisto, llenos de un insoborbable amor a España, irrumpen en la literatura con ideas y concepciones nuevas, que van a explanar en distintos modos de expresión, y que les van a separar radicalmente de las inmediatas figuras consagradas de la época. Con ellos se abre una nueva forma de expresión, llena también de inquietudes nuevas y vuelos más universales, que seguirá precipitando cada vez más las distancias de sus predecesores, hasta adquirir, en breve tiempo, una silueta distinta, hasta configurar definitivamente la generación que Azorín bautizó con la fecha del desastre nacional.

No existen entre estos escritores más raíz profunda que los una generacionalmente que su sentido crítico ante la problemática española. Como grupo generacional, no dispone de una teoría, ni política ni literaria que los unifique; su producción se vuelca en ramas bien distintas de expresión: ensayo, novela, poesía, teatro, periodismo. El término «generación» sólo puede aplicarse a un concepto histórico-temporal. Su expresión individual es en muchos casos diametral, opuesta, antagónica, inclusive su estática. Nada más absurdo y distante que una comparación entre sí. Tienen y se plantean problemas comunes, pero sólo en la medida en que pueden tenerlos escritores separados por siglos. De la problemática que aportan, quizás sólo el problema de España es el único que en cierto modo les unifica generacionalmente. El tema religioso es puramente circunstancial y se debe, más que a un problema que ellos traen o se plantean, al ambiente de una época liberal en que florecen con una concepción nueva del futuro que crea el ambiente en que se mueven las ciencias positivas, y quizás también, como una reacción, muy española, en hallar una explicación al pasado español de su decadencia. Nadie mejor que el propio Baroja nos va a dar la clave de esta reacción: «No es raro que haya sido anticatólico, antimonárquico y antilatino por haber vivido en un país latino, monárquico y católico que se descomponía y en donde las viejas pragmáticas de la vida, a base de latinismo y de sentido monárquico y católico, no servían más que de elemento decorativo» (1).

Veamos ahora esta situación religiosa y su problemática a través

(1) «Divagaciones apasionadas», Madrid, 1924, p. 25.

de la obra poética de Antonio Machado, que quién sabe si en otras circunstancias fuese esta modesta exégesis la de un poeta místico.

ORIENTACION POETICA

Antonio Machado nace en 1875, y de sus aficiones filosóficas nos habla con reiterada frecuencia. Vive el fin de siglo francés, y asiste, joven aún, a un curso de filosofía de Bergson, que no va a hacerle gran mella en su pensamiento. Vive, por contra, el positivismo escéptico y el nuevo neokantismo de fin de siglo. Sin embargo, un filósofo que había de ser para él fuente de continua meditación fue Spinoza. He aquí breve y, sin duda, incompleta la corriente de pensamiento en que va a moverse nuetro poeta.

Poéticamente da sus primeros pasos en manos del modernismo, pero sin excesiva predilección. Su mente pensadora de poeta no iba con el colorismo y lo superficial de la nueva poesía. Hay escasas huellas en su obra, y alguna las arrumba cuando en 1903 y 1907 recoge en libro sus versos. Sus fuentes son autodidactas en la mayor parte, aunque Rubén y el mismo Unamuno le eran bien conocidos. Sin embargo, él no duda en confesarnos el atractivo de algunos clásicos:

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar...

Tras los primeros pasos líricos que recogen sus *Soledades* (1903) y la ampliación de 1907 aparecen los *Campos de Castilla* (1912), el libro de su total madurez. En 1922, diez años más tarde, aparecen las *Nuevas canciones* y que junto con los «Cancioneros apócrifos» y las ampliaciones a las sucesivas ediciones de sus *Poesías completas* recogen la totalidad de su obra poética.

He aquí, y notoriamente escasa por cierto, la labor de nuestro máximo poeta contemporáneo. Y veamos ahora su estética, bien distinta de la de su época, que sólo Unamuno podría suscribir y algunos de nuestros grandes poetas del pasado: «*Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo.*» (1917).

Creemos que, dentro de su amargo escepticismo, las anteriores palabras nos dan el más fiel ejemplo de su estética, escritas precisa-

mente cuando nuestro poeta se halla en la plenitud, al publicar en ese año las primeras *Poesías completas,* que nos daban los *Campos de Castilla* por vez primera en su totalidad.

ORIENTACION RELIGIOSA

Al amparo de la Institución Libre de Enseñanza, Machado entra en el mundo del pensamiento de la mano de sus maestros: Giner, Costa, Cossío, Simarro, etc. El laicismo es uno de los puntos fundamentales de su pedagogía, aparte otros aciertos. Machado vive asiduamente la vida espiritual de la Institución, y quizá de ella, más que de otras fuentes, procede su orientación firme y decidida hacia el conocimiento de Castilla. Sobre su laicismo, es tremendamente reveladora una carta a Unamuno que recoge G. de Torre en *Los Complementarios.* En ella vemos un ataque duro contra la iglesia y el clero español: «El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano.» No creemos, a pesar de ello, en una irreligiosidad de nuestro poeta. Precisamente ese «fondo cristiano» de que habla será sin duda su propio fondo. Machado utiliza la crítica contra las instituciones religiosas, nunca contra sus principios. Después veremos que este fondo de religiosidad es perenne en su obra total y en su más hondo pensamiento. Hay una raíz profunda de religiosidad en su obra toda. Por eso es revelador el siguiente texto, también de la misma carta dirigida a su gran amigo y admirado Unamuno: «Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto Dios viniera al mundo. Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es absurda.»

La primera poesía de Machado es aséptica al pensamiento filosófico. Su educación pensadora no ha traspasado todavía la estética. Antonio Machado pasará de la estética a la filosofía. Sus primeras poesías están llenas de profundidad clásica. La filosofía se hará más firme en las *Nuevas canciones* y en el *Juan de Mairena;* es la época en que al preparar su discurso de ingreso en la Academia escribe: «Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que de amena literatura.»

TEMATICAS DE SU OBRA

Juan de Mairena se llamó a sí mismo el poeta del *tiempo.* La idea de la temporalidad del verso preocupó grandemente a Machado.

A través del recuerdo llegó a este tema en sus primeras poesías, que junto a las de ambiente infantil ocupa el tema una de sus primeras preocupaciones. El *mar*, otro de sus grandes deseos de niñez, pasa asimismo como una constante preocupación. El *sueño* y la *muerte* como problemas parejos en su profundidad y universalidad constituyen sin duda su máxima problemática lírica. Parejos a estos grandes temas intimistas parece en su obra el *paisaje* (en su fundamental castellanía) que lleva aparejado en torno las citas geográficas: Duero, Guadalquivir y las ciudades españolas. En esta temática es donde Machado entra en la zona generacional del 98. Unida a esta época que afluye en «Campos de Castilla» parece el *amor* que nace, crece y muere en estos y breves años. Hay una última época, en que el poeta se apoya en el aforismo y en el verso sentencioso para exponer sus ideas filosóficas y estéticas.

EL TEMA RELIGIOSO COMO PROBLEMA GENERACIONAL

Ya hemos entrevisto en el Preámbulo el hecho del alejamiento de la religión ortodoxa de las máximas figuras del 98 y algunas de las causas que pudieron producir este hecho, que si bien no creó ateos en el sentido amplio de la palabra, les puso enfrente de la religiosidad ambiente, ya denunciada a fines de siglo por la figura tan poco sospechosa en este aspecto como Menéndez Pelayo, según apuntó Laín Entralgo. La reacción intelectual de fines de siglo alcanza todos los órdenes de la vida española. El prestigio de algunas figuras republicanas —Pi y Margall, Salmerón, etc.— creó en la juventud una fe política que salpicó sin duda a los hombres jóvenes del 98. Por eso Machado, muchos años después (1921), escribirá: «Cuando yo era niño había una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba la Marsellesa.» El liberalismo era un hecho que estaba en la mente de todos los intelectuales jóvenes. Ese liberalismo entendido a la española que se hace eco inmediato de las reacciones producidas por la sociología del siglo XIX, una sociología donde en el fondo no había más que un solo problema: el hombre económico. La filosofía se ha hecho positivista y todo gira en torno al mismo problema antropológico. La filosofía se presenta no como un problema en sí, un problema conceptual, sino como un problema desde el hecho mismo del hombre. Y unido al hombre aparece forzosamente el hecho religioso, contra el que se enfrenta toda la corriente de la época. Unamuno iba

a hacer de este tema su máxima problemática, y cuando aparece en la poesía de Machado esta preocupación, sus relaciones con el pensador de Salamanca eran ya suficientemente íntimas y admirativas para que no se nos plantee de inmediato el hecho de su influencia. El retrato de Unamuno hecho por nuestro poeta data de la lectura de la *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), y anteriormente Unamuno, en uno de sus ensayos de 1904, cita una carta de Machado en la que éste se confiesa de que gracias a él haya saltado las tapias de su corral. En el retrato que escribe el poeta ya plantea en sí su admiración por el autor y nos ofrece un conocimiento total de la obra del pensador de Salamanca, refrendando una vez más esta admiración en parte de la correspondencia posterior que se cruzaron ambos, y de la que entresacamos algunos de sus párrafos más destacados: «Deste esta Baeza, donde siempre me tiene a su devoción» (1914); «Porque quien canta tan hondo y tan fuerte, mucho aún tiene que cantar» (1915); «De vuelta a Baeza, quiero consignar por escrito, nuevamente, mi sentimiento cada vez más hondo de admiración y afecto hacia usted y su obra» (1918); «Siempre al leerle encuentro consuelo y pienso que acaso España tiene todavía un porvenir» (1922). Nuestro poeta siguió día a día la obra de Unamuno y con ella comulgaba Machado en su posible integridad total. Al analizar el problema religioso del 98 —Unamuno y Machado— lo primero que observamos no es un ateísmo a ultranza, sino una reacción contra la Iglesia, un anticlericalismo. «Una Iglesia espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano» (Carta de Machado a Unamuno en 1913). No atacan la religión, atacan sus instituciones, mejor dicho, las instituciones españolas, puesto que en ocasiones elogian el catolicismo francés, por ejemplo. Es una reacción contra el absorbente método que inunda las mentes españolas. Y así observamos que el cristianismo lo elogian con reiterada frecuencia, y más aún la figura de Cristo y su misión. Ambos escritores nos han dejado muestras de irrefutable sentimiento cristiano, aunque quizá Unamuno, por las exégesis que han hecho de su obra algunos comentadores católicos españoles, haya pasado por el trance de ser incluido con harta premiosidad en una indudable heterodoxia.

De la generación del 98 nos quedan por plantear los casos de Azorín y Baroja. El primero, aparte sus primeros folletos un tanto anarquizantes y fuera de lugar en su obra, posteriormente no toca el tema religioso ni lo afronta en su integridad. Azorín es un escritor

que desconoce el tema de Dios. Como lo fue Ortega. Para Azorín el problema religioso y el problema humano son pura temporalidad. El gran problema, en el que pueden situarse otros temas, el gran problema de Azorín, repetimos, es el tiempo. El tiempo es su problema mágico, su obsesión, su total metafísica. Nadie lo ha definido mejor que J. R. Jiménez cuando le llamó «el gran escéptico resignado» al dedicarle uno de sus mejores libros de poesía (2). Con Baroja el caso cambia radicalmente y aquí nos enfrentamos con el gran incrédulo, con el hombre auténticamente sin creencias en el futuro, adusto, severo, irritante, al plantearnos con excesiva delectación el hecho de su propia incredulidad. Valle-Inclán, en su trance definitivo, deja para «mañana» el ponerse a bien con Dios, y como gran taumaturgo, no llega a conocer la alborada del día siguiente. También es sintomático a este respecto el conocido y brevísimo testamento de J. Ramón Jiménez.

LA BUSQUEDA DE DIOS

Un poeta de pensamiento profundo, que gira en torno de las grandes preocupaciones humanas, que hace de su poesía una problemática vigente siempre en su contacto con el mundo, que pone la idea por encima del ritmo, el pensamiento sobre la música poética, no podía eludir el tema religioso en su obra. Ese gran tema que va anejo siempre a nuestra propia existencia, a nuestra mente, al más allá, no podía faltar en un poeta de gran intimidad pensante como era Machado. Y si desde su primeras manifestaciones se nos aparece ya con un carácter diferencial por su hondo pensamiento lírico, ya allí, en sus primeros versos, aparece el tema religioso, bien que indeciso, con variada reiteración.

Sin embargo, este tema no aparece sino velado y adjunto a otra problemática: el hecho en sí de nuestra presencia en el mundo sensible y como consecuencia el hecho de nuestro futuro. Pero este futuro, visto desde una ladera falta de fe, no conduce más que a un camino no tangencial, a un escepticismo indiferenciado, vago, incierto, que arrastra y crea en el individuo una necesidad de búsqueda para intentar aclarar «razonablemente» el hecho de esa incertidumbre. Esta primera época de nuestro poeta va a ser una búsqueda permanente de Dios, o mejor aún, una búsqueda de esa imagen de Dios intentada hacer a nuestra propia semejanza. Su búsqueda va

(2) «Estío», Madrid, 1916, p. 13.

a ser un eterno pendular entre la realidad y el sueño, entre el misterio y la galería del alma. Esta primera etapa de la vida del poeta nos la cifra él mismo en dos de sus versos:

... de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada (3).

Pero no podemos considerar el estado espiritual de su falta de fe, puesto que ya él nos plantea previamente el hecho de su inocencia, de su falta de firmeza ante la imprecisa situación de la juventud. No obstante, el poeta nos viene reiterando este hecho de su falta de fe en otras ocasiones que vamos a ver seguidamente:

«... se canta: no somos nada.
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera» (4).

y que nos trae a la memoria el paralelo clásico vida-río, muerte-mar, con su máximo exponente en Jorge Manrique.

Esa falta de fe, no como ateísmo, crea una tremenda «vacuidad» con la que el alma pensante se enfrenta ante el hecho de nuestro ser y existir y el mundo que nos rodea, situación que se agrava aún por la falta de ilación lógica entre Dios y el Mundo a través del hombre pensante. Nuestro poeta va a echar mano de su propia intimidad —sueños, secretas galerías, etc.— para intentar hallar unas respuestas posibles:

Las galerías
del alma que espera están
desiertas, mudas, vacías (5).

Y ante esta situación de vacío, como algo que necesariamente el hombre debe llenar, aparece un velado panteísmo, que es como un eterno retorno a la naturaleza:

Y algo que es tierra en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago (6).

El Dios que Antonio Machado intenta perfilar en sus primeras poesías es un abstracción de contornos muy imprecisos, siempre

---

(3) «Las moscas». XLVIII. «Poesías completas», Buenos Aires, Losada, p. 54.
(4) XIII, p. 29.
(5) El Poeta, XVIII, p. 33.
(6) XXVIII, p. 39.

apoyado en la fuerza telúrica de la Naturaleza, su primera amada. Es la identidad Mundo-Dios, pero no tomada en sentido profundo, sino inconcreto; esta impresión obliga a nuestro poeta a enfrentarse con su propia intimidad, en busca de sus «secretas galerías», como un recurso inevitable en su futura definición:

El piensa,
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa (7).

Si la voluntad no va a ser capaz de clarificar los grandes problemas de la vida, el poeta se va a apoyar en su propio corazón, en su sentimiento, para recrear la búsqueda de esa fe. Y la esperanza de que sobre él caiga la imagen del Dios fuerte, esa fe que el poeta quiere para su Dios marino, sólo iba a encontrarla en su propio corazón, en lo más hondo de su sentimiento. Pero el corazón es, por otro lado, el gran soñador:

En sueños oyó el acento de una palabra divina (8).

Y a través los sueños, el producto mágico del sentimiento va a desgranar nuestro poeta su gran incógnita, su máxima problemática. Pero el corazón exige una introversión y Machado va a ser el poeta de su propia alma. Y así, la búsqueda de ese mundo interior, como recurso insoslayable frente al interrogante del mundo que se nos queda vacío sin la fe —no exclusivamente la religiosa—, va a ser una continuada inquisición. El manantial de su íntimo mundo que él nos va a situar como sueño, como sueño creador, va a constituir el camino definitivo de su obra total y sobre el que va a volcar con mayor fuerza su vibración espiritual. El tema del sueño como expresión literaria sitúa a Machado fuera del tópico tradicional. Para Machado el sueño va a ser una inquisitiva de la verdad, de la fe, de España. A través de él quiere el poeta indagar la posibilidad de unión entre el hombre que crea y el que cree, esa dualidad que cada existente lleva en sí, inevitablemente:

Las galerías
del alma que espera están
desiertas, mudas, vacías;
las blancas sombras se van (9).

---

(7) El Poeta, XVIII, p. 32.
(8) El Poeta, XVIII, p. 32.
(9) El Poeta, XVIII, p. 33.

La introversión, nacida como una falta de posibilidad activa, que caracteriza al grupo generacional del 98, nos va a ofrecer una visión nueva de las cosas, de España, de Castilla. Es como un impresionismo del paisaje, unido a una fricción de la realidad frente a la Historia. A través del sueño en Machado vamos a ver recrear la nueva España que él deseara, que quería crear dentro de sí, ante el paisaje árido y el violeta de sus montes castellanos. En sueños intenta crear el mundo ideal que necesitan sus «mudas y vacías galerías» del alma. La ensoñación en el 98 es un tema solamente perfilado, sin profundizar todavía. Así quieren huir de una realidad que hiere sus retinas viajeras, sus almas vacías por un criticismo inevitable desde sus primeros principios.

Para escuchar la queja de tus labios
yo te busqué en tu sueño
y allí te vi vagando en un borroso
laberinto de espejos (10).

En plena ensoñación Machado se enfrenta con el problema religioso en una de sus más bellas creaciones:

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón (11).

La fe inencontrada le lleva a la esperanza de hallar dentro de sí esa otra fe que con su fuerza resuelva el gran vacío del existir:

Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto (12).

Por eso nuestro poeta lucha y busca con ahínco hallar dentro de sí la imagen de Dios, la idea definitiva. Aprovechando toda posibilidad verbal, sin que en esa búsqueda se enfrente con la propia palabra, Machado mezcla la idea motriz con otras expresiones: la muerte, la brevedad de la vida, los infinitos caminos del mar, el tiempo. De esa agónica postura de buscador impenitente nos ha dejado estos dos magistrales versos que vienen a definir su vida toda:

(10) XXXVII, p. 43.
(11) LIX, p. 64.
(12) «Galerías», LXI, p. 65.

... y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla (13).

Esta búsqueda ha de ser también para nuestro poeta, con «sus gotas de sangre jacobina», motivo de desfallecimiento y de duda. Junto a sus más inquisitivas poesías, a sus más afanados desvelos en busca de Dios, aparecen con reiterada frecuencia sus dudas, sus interrogantes:

¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento? (14).

¿Qué buscas
poeta en el ocaso? (15).

Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras (16).

Refugiado en el mundo interior, frustrado frente al mundo exterior, va a intentar nuestro poeta exprimir de él toda posibilidad de salvación:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día— (17).

Antonio Machado, también viajero empedernido como sus compañeros de generación, se le ve danzar los caminos de España, aprisionar el alma del pueblo, residencia incólume de la esperanza española. Y allí encuentra nuestro poeta una honda religiosidad en su mayor pureza. Y al hablarnos del Dios ibero, esperanza del alma campesina, plantea la impotencia del hombre ante la veleidad de esa fuerza que atrae hacia las mayores grandezas y que también irrita la fiereza humana cuando ve malograda la esperanza:

... tuviera una saeta el hombre ibero
para el Señor que apedreó la espiga
y malogró los frutos otoñales.

---

(13) LXXVII, p. 74.
(14) LXXVIII, p. 74.
(15) LXXIX, p. 75.
(16) «Renacimiento», LXXXVII, p. 80.
(17) «Campos de Castilla». Retrato. XCVII, p. 87.

y un «gloria a ti» para el Señor que grana
centenos y trigales
que el pan bendito le darán mañana (18).

UNA POSIBILIDAD RELIGIOSA

En el transcurso de la obra de Machado nos encontramos con el tema religioso con reiteración. Las citas anteriores que hemos intentado sistematizar como una «búsqueda» de Dios pueden ampliarse; así el tema aparece junto a las tierras y los hombres de España en momentos de pura circunstancia (CVI, 100). en la poesía «En tren» (CX, 104), en su adiós a las tierras sorianas (CXIII, 110), en «Alvargonzález» (Castigo II, 119), etc., etc. Pero hacia estas fechas, entre estas circunstanciales, nos hallamos con los versos más tremendos que el poeta escribiera frente a la Divinidad. Es la época de su gran crisis pasional, de su retorno a la soledad, de la que apenas salió, tras la muerte de su esposa. El poeta no duda en enfrentarse al Dios cruel que apedreó la espiga, según vimos antes:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar (19).

y también imprecará al Dios de la esperanza y de la resignación, al que antes imploró con palabras distintas:

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera (20).

En este tremendo momento del alma del poeta en que toda su integridad parece ponerse a prueba, en el que Machado parece sufrir

---

(18) «El Dios ibero», CI., p. 91. A propósito de estos versos recordemos los siguientes de Unamuno, publicados en «Revista Nueva» (1899) y recogidos después en sus «Poesías» (Bilbao, 1907, p. 93):

bendecid al Señor
que reparte la lluvia y el pedrisco,
rocíos y tormentas
tibio fomento o pertinaz sequía,
bendecid al Señor,
de piedad misteriosa eterna Fuente
que hartura y escasez nos distribuye...

(19) CXIX, p. 137.

(20) «A un olmo seco», CXV, p. 133.

una aguda crisis espiritual, escribe los siguientes versos que son como un lamento, como un dolor, como un deseo, quizá, de rectificar:

Y más: razón y locura
y amargura
de querer y no poder
creer, creer y creer! (21).

Estos versos, escritos en camino hacia sus tierras andaluzas —«extranjero en los campos de mi tierra»—, parecen anunciar ese milagro de la primavera. En efecto, la crisis religiosa debió existir entre la muerte de Leonor y su marcha a Baeza en la primavera de 1913. Los cuatro versos anteriores nos parecen en su parquedad como el crisol de sus preocupaciones en los meses últimos de su estancia soriana. Su nuevo enfrentamiento con un paisaje tan distinto a la austera meseta y su permanente afán de penetrar la vida española en su nueva circunstancia tan diversa hacen retornar a nuestro poeta hacia otro tema, su otro gran problema: España. De esta época son sus grandes poemas, «Del mañana efímero», «El pasado efímero». Es la época en la que por entre el olivar gris y el campo ubérrimo ve las siluetas del «bendito labrador» y el «hombre del casino provinciano» —podrido y vano—, que de nuevo llevará al poeta a la desesperanza:

Nosotros enturbiamos
la fuente de la vida, el sol primero,
con nuestros ojos tristes,
con nuestro amargo rezo,
con nuestra mano ociosa
con nuestro pensamiento
—se engendra en el pecado,
se vive en el dolor. ¡Dios está lejos!— (22).

RETORNO ESCEPTICO

Aún mejor que la exclamación de nuestro poeta sería ¡Dios está alejándose! Y en efecto, tras la época de gran crisis afectiva que nos dejó entrever, donde el amor y la problemática religiosa parecen fundirse, pasa nuestro poeta hacia dos temas de nueva impronta: el tema de España que se agiganta ante la vida andaluza y el tema sen-

(21) «Meditaciones rurales», CXXVIII, p. 145.
(22) «Los olivos», II, CXXXII, p. 154.

tencioso de honda problemática filosófica. Son los años de mayor intensidad epistolar con Unamuno. Son los años fecundos que van desde 1912, fecha de la publicación de *Campos de Castilla,* hasta 1917, en que aparecen sus *Poesías Completas* en la Residencia; son también los años de su vuelta a la filosofía y al verso sentencioso y quintaesenciado, con remedos clásicos y neopopulares.

Y así hallamos en las «Nuevas Canciones», dentro de su «Proverbios y cantares», algunas de sus ideas fundamentales, pensamientos, creencias, solamente perfiladas en trísticos. De una poesía profundamente sentimental, nacida junto al Duero, orillas de su breve y grande amor, constituido en su más allegada temática, pasa nuestro poeta a una nueva problemática, y su vida va a ser un recuerdo, sí que perenne, pero sólo un recuerdo. Y es ahora cuando el poeta utiliza el verso breve y sencillo para poner en lírica sus pensamientos más perfilados y profundos de contenido, paradójicos algunas veces, y en lo que destila, junto a una sonrisa, el dejo amargo de su nuevo retorno escéptico:

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad (23).

Y a preguntas sin respuesta
¿Quién te podrá responder? (24).

Cantad conmigo a coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignoto mar iremos... (25).

Este escepticismo que apuntamos antes y que aparece más o menos velado en esta nueva época alcanzará a veces insospechada profundidad. Y así vemos que, quizá refiriéndose a su propio pasado, a su ayer «espiritual», el poeta plantea de nuevo, con inusitada racionalidad, el tema religioso:

Ayer soñé que veía
a Dios y que Dios me hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba (26).

---

(23) «Proverbios y Cantares», VI, CXXXVI, p. 160.
(24) «Proverbios y Cantares», VIII, CXXXVI, p. 161.
(25) «Proverbios y Cantares», XV, CXXXVI, p. 162.
(26) «Proverbios y Cantares», XXI, CXXXVI, p. 163.

La gran batalla del poeta, su gran pelea interior, fue sin duda su fe religiosa. La necesidad de fe que él deseaba conseguir con toda su fuerza racional y lírica. Era su espera de la primavera quizá fuese ese momento tremendo del hombre que la hace ver y sentir de forma tan distinta el mundo vital y sensorial que nos rodea; esa luz, ese momento que hace cambiar el derrotero de una vida, no llegó nunca a nuestro poeta; pero ciertamente que en reiteradas ocasiones fue intensamente buscado y requerido por él a través de una lucha consigo mismo de la que nos habla (XXVII, 162), esa misma lucha de que ya hablamos antes cuando escribió:

de querer y no poder
creer, creer y creer.

y por eso luego el poeta nos plantea de nuevo su problemática, cuando escribe:

Todo hombre tiene dos
batallas que pelear:
en sueños lucha con Dios;
y despierto con el mar (27).

hasta llegar, desde su desesperada esperanza, a una batalla desoladora donde nuestro propio grito es sólo un eco perdido en la gran incógnita de la conciencia humana,

Anoche soñé que oía
a Dios, gritándome ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta! (28).

Ante esta situación de desesperación, a la que le lleva la búsqueda constante sin hallazgo, la inquisitiva intención de descifrar con renovada insistencia —con reiterada fruición poética también— el gran dilema de su incredulidad religiosa, arrastra a nuestro poeta a extremos de la más amarga melancolía, del más tremendo patetismo, y por tanto al escepticismo en su integridad:

Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar (29).

(27) «Proverbios y Cantares», XXVIII, CXXXVI, p. 165.
(28) «Proverbios y Cantares», XLVI, CXXXVI, p. 169.
(29) «Proverbios y Cantares», XLIV, CXXXVI, p. 168.

El mar, su gran metáfora y su gran obsesión también, espejo inevitable del cambiante eterno —como las nubes de Azorín—, y como sus añoranzas infantiles, es otro de los grandes temas de la ensoñación machadiana, donde veía el ejemplo de lo vario y mudable de una existencia sin objeto:

Morir... ¿Caer como una gota
del mar en el mar inmenso? (30).

EL DIOS INMANENTE

Antonio Machado se nos confesó en varias ocasiones como un enamorado de la filosofía. Una gran parte de su obra está transida de aires filosóficos y en alguno de sus versos pareció intuir geniales planteamientos:

Ya nuestra vida es tiempo...

como una normativa existencial entrevista.

La lucha por la búsqueda de la idea genial que concentre y resuelva estos afanes, que sea a la vez alfa y omega, solución y sorpresa, a su agonizante problema religioso, es un tema que como hemos visto fluye inalterable en toda su obra. La insistencia con que se plantea este trascendente problema, el afán con que busca el hallar una solución viable, el constante y desesperado deseo de aunar en una suprema síntesis suficiente el ente razón y el ente religioso, obliga a Machado a plantearlo con fuerza reiterativa y agobiante. Su arraigado agnosticismo no resuelve en sí el problema del planteamiento religioso, insoslayable al hombre, unido como su propia sombra, e intenta por todos los medios posibles de expresión la búsqueda de ese concepto, de esa imagen de Dios, inevitable en su presencia, buscando una definición no venida a la razón sino a través de la función primaria del hombre como ser religioso. Una imagen que responda a la idea y a la necesidad de cada hombre, conseguida a través de un esfuerzo intelectual unido al más puro y esencial sentimiento primario del hombre religioso. Sin embargo, también este camino va a serle infructuoso al poeta:

El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,

(30) «Proverbios y Cantares», XLV, CXXXVI, p. 168.

el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.
Tres dioses o tres personas
del sólo Dios verdadero (31).

La imagen que de Dios pretende nuestro poeta responde en principio a una idea inconclusa, a un ente sin presencia, rito ni dogma. Es una pura idea sumergida en el ente hombre sin posibilidad de realidad; es algo como la feliz imagen poética del «gran absoluto» que él dijo alguna vez. Para Machado el hecho Dios es un puro concepto intelectivo común al hombre desde distintas formas de imagen, pero que a pesar de esa diversidad conceptual puede hacerse posible en la comunidad humana. El Dios de Machado es la gran idea matriz revelada en cada hombre (32). Y así vemos antes que esta idea coincidía con sus versos. Pero eso cuando Machado nos habla de una nueva filosofía cristiana quiere hacer borrón y cuenta nueva de toda tradición histórica mosaica (33), para alcanzar el espíritu «esencialmente cristiano» que reside en el alma del pueblo, en la conciencia de cada hombre necesitado siempre de una idea de la Divinidad (34). Ante el más exigente e insoslayable racionalismo, nuestro poeta sólo halla viable una creación personal de la idea de Dios, quizá unida en su gran fuerza matriz, idea esta, por otro lado, muy típica del heterodoxo español de todos los tiempos; por eso en su gran poema «Profesión de fe» escribe con meridiana claridad, con unamuniana profundidad:

Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad, que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia frente! (35).

El intento de aprisionar la imagen de la Divinidad a un solo concepto, el batallar constante en busca de la síntesis conceptual que dé forma definitiva a la imagen concreta de un Dios racionalmente creado en nosotros, es también, en su insuficiente posibilidad, un tema y un esfuerzo agónicos. Ese mismo agonismo que Spinoza re-

---

(31) «Parábolas», VI, CXXXVII, p. 172.
(32) Juan de Mairena, I, 154-155.
(33) «Hora de España», III, p. 9.
(34) «Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es» (Abel Martín, pp. 49 y ss.). Véase más adelante cuanto decimos sobre Spinoza.
(35) Parábolas, V. Profesión de fe, CXXXVII, p. 173 (ver Unamuno, salmo I).

solvió al hallar lo divino en toda manifestación de la Naturaleza para confundir Naturaleza-Dios en una expresión que fundamentó en su frase «Dios está en todas las cosas y las cosas están todas en Dios» y que iba a abocarlo a un panteísmo ya iniciado antes en el hilozoísmo de los presocráticos. También nuestro poeta rozó estos derroteros, pero los llenó de espiritualidad al intentar valorar la condición humana, que ante su impotencia por alcanzar la imagen de Dios lo aboca a un agnosticismo inevitable:

Cuando se busca a Dios y no se alcanza,
y en el Dios que se lleva y que se hace (36).

para insistir más adelante (37) en su necesidad de interrogar al Dios que él crea afanosamente a su propia imagen, con estos versos del más inquisitivo sabor unamuniano:

Y tú, Señor, por quien todos
vemos y que ves las almas,
dino ***si*** *todos, un día*
hemos de verte la cara (38).

Y ya, al final de su obra, aún vemos cómo esa necesidad de acercarse a Dios, esa fuerza misteriosa que parece arrastrarnos, le busca al poeta a través de un posible rezo por el camino afectivo, según parecen reflejarlo estos sencillos versos que también nos parecen aclarar el dualismo en que en este sentido se movió nuestro poeta:

En Santo Domingo,
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo
¡Cuánta devoción! (39).

ANGEL MARTINEZ BLASCO

Comandante Zorita, 51, 5.º D
MADRID-20

---

(36) «Desde mi rincón», CXLIII, p. 182.
(37) «Nuevas canciones. Proverbios y Cantares».
(38) «Iris de la noche», X. «Canciones de tierras altas», CLVIII, p. 207.
(39) «Canciones», XII. «Canciones», CLIX, p. 210.